

Reseñas

Clément Rosset. "La force majeure". P. U. F., Paris, 1983.¹

Autor de una docena de libros publicados en su mayoría por la prestigiosa editorial parisina *Editions de Minuit*, y por la no menos importante *Presses Universitaires de France*, la obra de Clément Rosset lo oculta en cuanto ser. Pues de su vida poco se sabe, aparte de que nació en la nórdica Normandía y es hoy profesor de filosofía en la sureña ciudad de Niza. En eso, *nolens volens*, se adecua a la pretensión positivista, y heideggeriana, que hace del filósofo un ser sólo cabeza y muy poca vida. Quiero decir, que privilegia la obra en desmedro de la biografía.

Nolens volens, insisto, porque por un lado su pensamiento se sitúa lejos de todo positivismo de cualquier corte que sea (mucho menos heideggeriano, sin duda, y por razones que el lector descubrirá en esta misma obra). Pero, por otra parte, porque su itinerario evidente lo coloca por fuera de las modas y bombos y platillos típicos de la escena parisina tradicional. Algo hay de Nietzsche y de Cioran en Rosset, podría decirse. Algo que lo hace alejarse del norte frío en busca del mediodía mediterráneo lleno de sol. Algo que lo mantiene apartado, silencioso, consagrado sólo a sus vicios secretos: entre éstos la escritura, porque los otros no los conozco. Que yo mismo sepa, apenas lo he escuchado un par de veces en la radio, en esas noches de insomnio en que se recurre a *France Culture*, programación fuera de lo común que existe para los que tienen buenas orejas (a falta de sueño, claro está).

De Nietzsche y Cioran, Clément Rosset posee por igual el gusto de la desilusión, del desencanto lúcido. Toda su obra es un bloque de proporciones considerables, y terco como pocos, dirigido contra la superficialidad de toda creencia, y con el humor preciso para burlarse de lo que él mismo sustenta. Es más, el autor ha construido ya uno de los pensamientos más rigurosos respecto de las condiciones mismas de la ilusión. Si el filósofo es aquel que, parafraseando a Heidegger, gira alrededor de muy pocas ideas, si no de una sola, Rosset posee dicho título en amplitud. Todos sus libros se mueven como un trompo, en circunvoluciones constructivas y desconstructivas de un tema o dos, máximo. Autores tratados, enfoques asumidos, objetos de investigación desmenuzados, todo lo que lo ha llevado a lo largo de los años a edificar con paciencia una obra, se concentra grosso modo en una obsesión: las formas esenciales de comporta-

¹ El texto fue escrito como presentación a la traducción de *La force majeure*, ofrecida a un editor colombiano. De ahí, a veces, la interpelación directa al lector, así como las referencias técnicas precisas al lenguaje originario y al contenido del mismo.

miento ante lo real. Y como éstas son, en todo caso, harto reducidas, razón de más que acentúa la fuerza de la obsesión.

Percibida desde arriba, desde el promontorio de la historia de la filosofía, la obsesión de Rosset se puede denominar “filosofía trágica”. Vista desde el suelo, “teoría de lo real”. Es desde adentro que el autor la designa como tratado o principio, bautizando sus obras con humor: Tratado de la idiotez; Principio de la crueldad, para mencionar un subtítulo y un título de dos de sus libros. Pero hay otros. Traigo una sola página explicativa, donde podría mencionar muchas más:

“Quizás no hay pensamiento sólido (...) sino en el registro de lo sin piedad y de la desesperanza (por cuyo término entiendo una disposición de espíritu refractaria por entero a todo lo que se asemeja a la esperanza o a la espera, y no una tenua de melancolía: ni más faltaba). Todo lo que conduce a atenuar la crueldad de la verdad, a aligerar las asperezas de lo real, tiene por consecuencia infaltable desacreditar la más genial de las empresas y la más apreciable de las causas. Testigo: el cine de Charlie Chaplin, por ejemplo. Al respecto, encuentro certera una idea de Ernesto Sábato en su novela *Abbadón el exterminador*: «deseo ser cortante y no embellecer nada. Una teoría debe ser implacable, pues si su autor no se trata él mismo con crueldad, se volteá contra él» (Retraduzco del francés. F.T.).

Me pregunto, reflexionando sobre la cuestión, si se podrían evidenciar un cierto número de principios reguladores de esa “Ética de la crueldad”, y cuyo respeto o irrespeto califica o descalifica, en mi opinión, cualquier obra filosófica. Me ha parecido que estos podían resumirse en dos principios sencillos y que llamaré “principio de realidad suficiente” y “principio de incertidumbre” (*Le principe de cruauté*, Minuit, 1988, 78)

Es fácil ver por ese texto que Rosset no tiene miedo de los grandes enunciados: tratados, principios y cosas así. Curiosa escogencia para alguien que ha adoptado sin preocupaciones una vida lateral en filosofía: sin bombos y platillos, como ya dije. Sin proponérselo, Rosset representa hoy un cierto caso de eclecticismo riguroso, para denominar así el cruce entre escepticismo y construcción sistemática.² Entre Pirrón y Schopenhauer, Rosset no tiene por qué escoger. Pues si de ambos posee la desilusión, del primero adopta la radicalidad, y del

² En otra parte (*Gaceta*, 16, 1993, Colcultura, Bogotá) he intentado mostrar de qué manera ese denominado “eclecticismo” constituye una característica del pensamiento actual. Que se piense, a manera de ilustración, en la obra de Richard Rorty, quien llega a un escepticismo a partir del pragmatismo, y apoyado en la asimilación de campos y filósofos disímiles: Nietzsche, Hegel, Dewey, Proust, Derrida, Kundera, Nabokov, Orwell, etc. (Cfr. R. Rorty, *Contingence, ironie et solidarité*, A. Colin, Paris, 1993 y V. V., *Lire Rorty. Le pragmatisme et ses conséquences*, L'Éclat, Paris, 1992).

segundo, el gusto por el rigor en el argumento y el sistema. Y si todos los libros del autor no superan la manipulabilidad agradable del un poco más de las cien páginas (sólo *L'anti-nature* supera las trescientas), eso no le impide en absoluto hacerse valer como un todo imponente y severo. Pariente espiritual de Nietzsche y Cioran, Rosset está lejos de ellos por la escogencia de una escritura continua y casi monomaníaca. Nada en él del aforismo volátil y multiabarcante. Su pensamiento se asemeja más bien a una especie de maquinaria algo divertida (llena de Tintin y referencias literarias, operáticas y musicales), pero insistente y repetitiva; *gründlich*, como se podría decir en alemán: sólida, metódica, minuciosa, sistemática. Rosset: un nórdico francés, sureño trasplantado o schopenhaueriano alegre, es igual.

Schopenhaueriano, Rosset lo es por gusto y desembozadamente. Tres de sus primeros libros están consagrados al filósofo de Danzig, y hace poco lo consideraba aún como uno de esos “grandes pensadores que uno vuelve a leer en cada periodo de calma de los accesos de fiebre intelectual”.³ Pero la diferencia está en el “alegre”, que lo aleja de la brumosidad pesimista, para acercarlo al otro gran pensador del cual se reclama sin vacilaciones: Nietzsche. La filosofía del francés es un alegre saber, una gaya ciencia. Y si no hubiese que desconfiar de las afirmaciones rotundas, no dudaría en decir que Rosset es, en el escenario filosófico francés, el nietzscheano por antonomasia, su más decidido y consecuente continuador. Toda su obra es un profundizar, una afirmación enriquecedora del *amor fati* de Nietzsche. Es ese el tema por excelencia de su pensamiento, el único Principio, el solo Tratado al cual confluyen todas sus obras. El trompo gira exclusivamente en torno a esa idea, y con cada curva ha producido ya diez y seis libros, para ser exacto. Rica obsesión, es evidente.

El primer libro de Rosset, escrito a sus veinte años, se titula “*La filosofía trágica*” y es dionisíaco, naturalmente. Su exergo es una cita del *Ecce Homo* que dice: “Es en ese sentido que tengo el derecho de considerarme yo mismo como el primer filósofo trágico, es decir, lo contrario y la antípoda de un pesimista”. Reeditado en la clásica colección *Quadrige* de la editorial universitaria ya mencionada, el prefacio del autor escrito treinta años más tarde confirma una vez más los dos temas esenciales del mismo, “de los cuales (confiesa) no (haber) cesado después de aprobar su verdad y de explorar la profundidad...: I. La paradoja del júbilo que consiste en enfrentarse a la tragedia, esto es, en admitir sin perjuicios psicológicos toda especie de realidad, por poco deseable que pueda ser. II. La paradoja de la moral, que celebra como valor supremo (calificado con nombres diversos: el bien, lo justo, lo honesto, o, como Kant, la

³ Marc Ragon, “Le temps Clément”. En: *Liberation*, París, 6 de febrero de 1992, 29.

voluntad absolutamente buena), una virtud exactamente contraria al júbilo o gozo. Es decir, una simple incapacidad para enfrentarse a lo trágico y para admitir la realidad" (*La philosophie tragique*, P.U.F., Quadrige, 1990, VII).

Allí está expuesto en pocas palabras lo esencial del pensamiento del autor, y es fácil ver su filiación nietzscheana explícita: afirmación incondicional, y trágica, por lo tanto, de lo real, negación correlativa de la moral que no sirva a ese primer principio, y todo ello en el júbilo. De ese camino abierto inicial, Rosset no se ha desviado ni un solo instante. Eso explica la fidelidad a lo real o a la残酷 de la verdad (términos intercambiables en ese caso), así como su desesperanza. La afirmación del júbilo, del gozo, de la alegría de vivir, es el corolario necesario del *amor fati*. Toda filosofía trágica, nos dice Rosset siguiendo a Nietzsche, es alegre. Por eso no es brumosa, londinense, pesimista, sino colorida, mediterránea, afirmativa: dionisíaca y danzarina.

Negación de toda esperanza vana, igual descreencia. Y júbilo. La obra de Rosset posee así los ingredientes suficientes para permanecer al margen de toda época ilusa, hundida en la creencia. Y toda época patalea como un ahogado en la esperanza: futurismo iluminista del progreso hacia un pretendido "mejor", en una extrapolación abusiva de lo tecnológico sobre lo humano. ¿Por qué? La obra de Rosset responde a ello, y con una coherencia que no se sabe si Nietzsche o Cioran le envidiarían. Rara coherencia, para un escéptico (insistó). Es quizás válido pensar que Rosset se acerca más al espíritu y a la intención desmistificadora de los sofistas, que al silencio y la apatía del escéptico. Dicho sea de paso, uno de sus méritos radica en haber liberado esa primera Escuela griega del papel secundario y disminuido en que la ubica la tradición de origen platónico. Basándose en el trabajo pionero de Dupréel,⁴ Rosset los vuelve a situar, "no en un renunciamiento oportunista al valor de verdad, sino (en la) recusación coherente y motivada filosóficamente de las nociones de verdad y naturaleza". Para concluir sin vacilación en una reinversión neta de la tradición: "la empresa platónica (aparece) como una regresión filosófica respecto de la empresa sofística. Algun día se calificará quizás el pensamiento platónico de «pre-sofístico»".⁵

Todo permite afirmar que Rosset estima más radical el pensamiento de "aparataje" de los sofistas, basado sobre la "búsqueda del efecto, del brillo, de la sorpresa", en el intento de reinversión del ser por el parecer, que la obra emprendida por los escépticos. En uno de sus libros más sistemáticos, consa-

⁴ Eugéne Dupréel, *Les sophistes*, Neuchâtel, 1948. Sobre Dupréel, ver: Georges Goriély, "Deux maîtres à penser: Sorel et Dupréel". En: *Le rationalisme est-il en crise?* Ed. Universitaires de Bruxelles, 1991.

⁵ *Logique du pire*, P.U.F., 1971, Quadrige, 1993, 89.

grado a una verdadera trasmutación del valor hegemónico de la “naturaleza”, Rosset lo afirma con toda claridad:

“El pensamiento sofístico se muestra más osado, es decir, más escéptico que el de los Escépticos griegos, quienes mantendrán el postulado de una realidad en sí, no conocible pero subyacente a todas las representaciones (...): nostalgia idealista que hace de ellos menos unos escépticos, en el sentido moderno del término, cuanto más bien unos platónicos decepcionados (y con razón Diógenes Laercio y Sexto Empírico sitúan a Platón entre los precursores del Escepticismo)” (*L'anti-nature*, P.U.F., 1973, Quadrige 1990, 148).

Eso explica tal vez que la gran laguna en la vertiente histórica de sus análisis sea el escepticismo originario de Pirrón, reemplazado así en su valor filosófico equivalente por los primeros Sofistas. Es probable que ello se deba a una influencia latina (ciceroniana, para ser preciso), que reduce el escepticismo griego a su variante arcesileana o carneádica, antiguos sucesores de la Academia platónica.⁶ Es igualmente posible que se remonte a formas determinadas de lectura de fuentes, en particular Sexto Empírico y Pirrón, si compartimos la tesis de Marcel Conche en su brillante trabajo, contemporáneo de la obra ya citada de Rosset.⁷

El valor trasgresor y anti-metáfisico que Rosset descubre en Protágoras de Abdera o en Gorgias de Leoncio, se encuentra por igual en Pirrón de Elis: a excepción del aparataje y presencia argumentativa. La diferencia es importante. Me pregunto si eso no explica en última instancia el cierto gusto por lo sistemático y lo ultra-coherente en Rosset: quizás otra arista de ese “eclectismo” ya mencionado, y que lo caracteriza hoy como autor. Quiero decir que Rosset es a la vez un marginal por su soledad y reflexión, y un universitario de tiempo completo por el rigor y la inclinación. Sofista coherente, más que un escéptico aislado, y entre ambos al mismo tiempo. Curiosa figura, en todo caso, y tanto mejor. Es por pensadores así que la confianza en la filosofía se renueva, lejos del exclusivismo academicista y la terminología pesada y autoprotectora.

Este libro que aquí presento es una buena muestra de la dificultad que intento evidenciar. Pues el problema es filosófico, claro está. Aparataje argumentativo, coherencia sistemática y arquitectónica están lejos de ser sim-

⁶ Cfr. Lucien Jerphagnon (Ed.), *Dictionnaire des grandes philosophies*, Privat, Toulouse, 1989; Emile Bréhier, *Histoire de la philosophie*, tomo I, P.U.F., Quadrige, 1981

⁷ *Pyrrhon ou l'aparence*, Editions de Mégare, 1973. El estudio pionero de Leon Robin (*Pyrrhon et le scepticisme grec*, P.U.F., 1944) no le consagra al autor griego sino una ínfima parte, si se la compara con el análisis de los Escépticos tardíos: 37 páginas sobre las 240 que tiene en total.

ples detalles. Al igual que ninguna marginalidad y ningún silencio son inocentes, gratuitos. Entre Nietzsche y Cioran, Rosset se ubica por su radicalidad en terreno neutro: de ambos comparte la lucidez. Pero, por el peso afirmativo de su filosofía, por la preferencia clara del júbilo, visión alegre del *amor fati*, la escogencia salta a los ojos. A partir de ésta, resulta curioso constatar cómo el autor logra “retenerse” ante la visión lúgubre y funeraria de Cioran. Aunque “retenerse” no es tal vez el término adecuado: con él indico sólo el desequilibrio entre cierto valor dogmático de la afirmación y el aparataje argumentativo, y la radicalidad corrosiva de la visión escéptica. Entre Nietzsche y Cioran, Rosset escoge a Nietzsche, sin dejar del todo a Cioran. Pero...

Nietzsche ¿un sofista alegre? ¿Por qué no? Al menos esa podría ser la denominación vista desde la interpretación rossetiana global, y que sería a la vez su propia clasificación. Pero a condición de que se entienda por “sofista” a una especie de personaje mezcla de Protágoras y Pirrón, careta triple donde Cioran tendría una parte. Traigo, a manera ilustrativa, otra página decisiva del autor:

“Consecuencia inesperada de las premisas de la filosofía tradicional: el estado de muerte es también un estado de fiesta en cuanto estado de excepción. Nada que viva, en lo que existe, pero tampoco nada que sea lúgubre. El pensamiento trágico, afirmador del azar y del no-ser, es pues por igual un pensamiento de la fiesta. Lo que ocurre, lo que existe, está dotado de todos los caracteres de la fiesta: irrupciones inesperadas, excepcionales, no acaecen sino una vez, asimilables en una sola ocasión y que no existen sino en un tiempo, en un lugar, para una persona y cuyo sabor único, no localizable, ni repetible, dota cada instante de la vida de la fiesta, del juego, del júbilo. La filosofía sofística, denegadora del ser, está centrada así en la realidad sobre una teoría del *Kairos*, de la ocasión: todo lo que adviene es como una fiesta en miniatura y el arte del sofista consiste en aprovechar el momento oportuno, es decir, el único momento posible. Nada más alejado de dicho pensamiento que la representación de un mundo lúgubre, aburridor, donde todo se repite. Es más bien el ser de Parménides⁸, y, más aún, el platónico, aquel que aparece bajo los auspicios de la repetición y del aburrimiento. El pensamiento sofístico evoca por el contrario la recreación, el acontecimiento de un placer inesperado, incluso prohibido; y el platónico más bien la hora de curso con sus satisfacciones legítimas, esperadas y justificadas: consecuencias normales. No hay por qué sorprenderse con que en su conjunto el pensamiento sofístico haya sido un pen-

⁸ De Parménides, Rosset se ocupará veinte años después (por relación al texto citado) y llegará a una reevaluación interesante de la imagen tradicional. Cfr. *Principes de sagesse et de folie*, Minuit, 1991.

samiento de aparataje,⁹ constante y lógicamente envuelto por el parecer, en búsqueda del efecto, del brillo, de la sorpresa. No se trata de expresar el ser, sino de hacer brillar el parecer ante ojos neófitos. Hacer capaces a los hombres de ver la sucesión de las excepciones, de aprovechar la sucesión de las ocasiones: eso es la esencial de la enseñanza sofística, y que prefigura así el tratamiento psicoanalítico" (*Logique du pire*, 113-114).

¿Cómo no reconocer en ese texto a Cioran y a Nietzsche a la vez? El pensamiento de la muerte con el de la vida, llevada a sus expresiones más alegres y afirmativas. Y en particular el carácter material, cotidiano y concreto del azar, de lo pasajero e irreversible. Reconozcámole al autor su capacidad para saber arraigar lo abstracto en el acaecer diario. No es de asombrarse que su obra utilice a cada paso la literatura como forma de ilustrar, como prueba o apertura hacia lo existente. Un ejemplo más, sin duda, de su anti-platonismo.

Pero el carácter afirmativo posee en su aspecto nietzscheano un matiz no despreciable, y que entra en relación con el mencionado aparataje argumentativo. Por momentos, leyendo el texto de Rosset sobre Nietzsche, el lector podrá preguntarse por qué la crítica se detiene ante las fallas evidentes de la afirmación dionisíaca de lo real. Pienso ante todo en el tema del superhombre y la superación de lo humano: aparataje profético salido en línea recta de un malestar pesimista (no-trágico) frente al presente. Profetismo futurista, iluminista, ilusión vana, afirmación dogmática de lo porvenir, finalismo, metafísica.¹⁰

Rosset circunscribe dichos temas en Nietzsche al pensamiento del *amor fati*. Manera de darles un asentamiento materialista, para emplear una noción acostumbrada, aunque problemática. Pero no ve que ello conduce a una afirmación por la afirmación, a una eliminación del claro-oscuro necesario, del lado sombra, de lo negativo inevitable. Es lo que podría denominarse el vitalismo exagerado, aplanador, dogmático en Nietzsche, y que tiene hoy por consecuencia el imperialismo médico y religioso de la vida misma, y por encima de lo real existente, es decir, de la muerte asumida y serena. Si el lector reconoce aquí los

⁹ El término francés "*apparat*" es traducible por ostentación, boato, pompa, y reenvía a la idea de apariencia. "Aparataje" agrega a esa idea un sentido de teatralidad que remite a lo que pasa por ser una de sus características como escuela: "La sofística (...) no designa una doctrina, sino una manera de enseñar", escribe el historiador Bréhier, quien habla de *leçons d'apparat*. Los sofistas enseñaban "métodos para hacer triunfar una tesis, cualquiera que fuese". Cfr. Henri Bréhier, *Histoire de la philosophie*, 71.

¹⁰ Christine Holste ha mostrado la incidencia política diversa del pensamiento nietzscheano a partir del año mismo de la muerte del filósofo, con la creación de la *Neue Gemeinschaft* en Berlín. Cfr. *Nietzsche vu par Gustav Landauer. Entre nihilisme politique et "Jugendstil"*. En: V.V. De Sils María à Jerusalem, Cerf, Paris, 1991.

debates acerca de la eutanasia, no es por azar. Forma más de indicar la complejidad interesante de esta problemática: más que punto de crítica. Sé muy bien que cualquier texto de Nietzsche es más complejo de lo que parece. Como todo texto que asume, justamente, el parecer sobre el ser.

Afirmación del parecer sobre el ser. ¿No se anida ahí la posibilidad de concentrar en exceso la verdad de un solo lado? ¿De desequilibrar el juego incesante entre parecer y ser? ¿De ilusionarse acerca de la permanencia de un ser? Es sabido que un cierto dogmatismo de método, o de espíritu, como lo llama Lucien Jerphagnon,¹¹ es inevitable cuando se trata del pensamiento: sin el cual estaríamos en incapacidad de argumentar. De ahí el valor innegable del silencio escéptico y la necesidad de las figuras que se mueven en su entorno, por sombrías que sean. Como si la afirmación del parecer sobre el ser no pudiese ser sino sólo afirmativa, aprobatoria: cosa que Rosset, siguiendo a Nietzsche, deja entrever. Al menos en términos globales, sin duda. Por eso su análisis de la obra cioranesca es irreprochable en el reconocimiento del sin sentido del existir. Repito: sin sentido del existir. Pregunto: ¿cómo no ver allí el valor de la negatividad en obra?

No dudo en afirmar que todo eso Rosset lo sabe, y mejor que yo. ¿Quién no es débil ante los seres que ama? Pues ¿de qué otra manera evaluar esas cortas incongruencias que el lector encontrará en el capítulo sobre Nietzsche?

* Éste afirma la vida, pero encuentra que el júbilo musical es superior al júbilo sexual.

* Los aforismos de la Voluntad de poder son los únicos que no emiten una “segunda voz”. Serían los solos unívocos en su obra. Algo así como un exabrupto escritural: casi mudos en total.

Todo el problema está en saber si la lucidez de la apariencia sobre el ser es siempre y necesariamente festiva. Rosset sabe que no es así, y por eso en la *Logique du pire* llama la atención sobre el hecho de que todo recurso “a una idea superior de vida (...) es una ilusión filosófica mayor”. La filosofía trágica, es decir, la afirmación incondicional del azar y de lo existente no puede restringir la fluctuación incesante de la apariencia en una sola figura dominante, por “justa” que pueda parecer. Desde el momento en que la apariencia se inmovilice, es el ser el que toma la delantera. Toda afirmación excesiva es un deslizarse hacia la metafísica, una inmovilización del eterno acaecer. Yo afirmo, luego dudo: esa podría ser la sentencia, que nos conduce entonces a evaluar también el silencio, nuestra

¹¹ El sentido filosófico del término “dogmatismo” se remota a Pascal, quien denominaba así la “convicción más o menos militante de poder llegar a cualquier tipo de certidumbre (...) y en oposición a los diversos escepticisimos”. Cfr. *Dictionnaire des grandes philosophies*, 89

infinitesimal (in)existencia, es decir, la muerte. “Para el pensador del azar –como él mismo escribe–, no hay un más en la noción de vida que la haga superior a la noción de existencia, y cualquiera que sea la «naturaleza» del objeto existente, vida y muerte son para él términos exactamente equivalentes”.¹²

Eso bastaría para hacernos saber que existe una lucidez también en la desaprobación y la tristeza. Que hay una anti-metafísica en la apatía y la inquietud. Para la prueba: Cioran.¹³ Pero también la existencia misma y, si a eso vamos: el psicoanálisis. Quiero decir que es psicológicamente sintomática la exclusión de toda forma de negatividad, de melancolía y de desaprobación en el transcurrir mismo de la vida. La aprobación por la aprobación, la fiesta por la fiesta, el júbilo eterno, harían de nosotros seres mecánicos e insensibles, situándonos de manera caricatural más allá del bien y del mal, excluyéndonos de las formas indispensables del duelo, de todo lo vivo que implica la muerte en sus diversos aspectos.

Es muy probable que la alegría aprobatoria sea una condición más poderosa que el descontento en la percepción no metafísica de la realidad, como toda la obra de Rosset tiende a demostrarlo ampliamente. “La alegría (...) es el único estado de espíritu –escribe en *L'objet singulier*–¹⁴ que consiste en no desear nada distinto (*rien d'autre*)”. Sin duda, pero siempre y cuando no excluya las otras formas de aprehensión de lo real. Pues es de éste que se trata, es decir, de su fluir. Manera de afirmar otra de sus enunciados certeros: “La manía dogmática no radica en fijar un sentido, una verdad aquí o allá, sino en el simple hecho de pretender asignar donde sea un sentido y una verdad”¹⁵. Manera también de no olvidar lo paradójico de todo acaecer: vida, muerte, risa, llanto y azar.

Clément Rosset es un filósofo de profesión que sabe burlarse de ciertas poses constringentes del ambiente en que se mueve (el vocabulario especializado, por ejemplo), pero cuyo estilo no está siempre exento de la pesantez propia al mismo. Por momentos, la repetición excesiva, acentuada por el uso indiscriminado del adverbio propia al francés, confiere al texto una marca difícil de atenuar en la traducción. Curiosa tarea la del traductor, que consiste en traicionar a un autor dándolo a conocer. Si quisiera darle un matiz nietzscheano a mi “traición” de traductor (y que el autor me excuse), podría decir que esa cierta pesantez del lenguaje se emparenta con el aparataje argumentativo, el

¹² Logique du pire, 102

¹³ Cfr. mi ensayo, “Cioran, del escepticismo y la lucidez, o la danza pánica” En: *Gaceta*, No. 20-21, abril de 1994, Colcultura, Bogotá.

¹⁴ Minuit, 1979, 98

¹⁵ *Le réel. Traité de l'idiotie*, Minuit, 1977, 63.

gusto por la coherencia y la afirmación dogmática. Es lo que acerca a Rosset más a Schopenhauer que a Nietzsche (si pensamos tanto en las críticas de éste a la necesidad de demostrar y argumentar en Sócrates y Spinoza, como su preferencia por una escritura abierta, indiferente al hecho de contradecirse, para parafrasear a André Comte-Sponville).¹⁶ Y es lo que lo aleja aún más de Cioran, ese gran escritor.

Me apresuro a agregar, sin embargo, que este afán lingüístico, genealógico e historicista, por delimitar terrenos y preferencias, pesos y medidas, verbos y adverbios, no se dirige, sobra decirlo, a lo esencial. La obra de Rosset es ampliamente decisiva por razones que tienen que ver sin duda, por paradójico que pueda parecer, con su propia configuración filosófica, y con su peso argumentativo y convincente, e independientemente de cualquier pesantez. Que mi “traición”, entonces, no oculte el inmenso placer, en mi caso, en presentar a un pensador que ha dedicado su obra a las figuras del júbilo, en una cultura abrumada, a veces en exceso, por lo contrario.

FREDDY TÉLLEZ
UNIVERSITÉ POPULAIRE - LAUSANNE.



¹⁶ A.C-Sponville, “Nietzsche et Spinoza”. En: V.V., *De Sils Maria à Jérusalem*, 51